

NATURALEZA, DESASTRES Y POLÍTICA ENTREVISTA A MANUEL TIRONI

Manuel Tironi es sociólogo. Su trabajo se divide entre la docencia en el Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile y una destacada trayectoria como investigador en el marco de lo que se denomina los STS –Science Technology Studies–, una perspectiva que aborda la ciencia y la tecnología en interferencia mutua con la dinámica social en toda su complejidad. En el último tiempo, Tironi ha llevado a cabo una serie de investigaciones en torno a los desastres ambientales y los efectos sociales, científicos, sanitarios, y por supuesto, políticos que éstos implican.

RCSP: Manuel, por favor, cuéntanos sobre tu trayectoria y cómo tu trabajo ha desembocado en tus investigaciones actuales.

MT: Mi trayectoria ha estado poblada de varios momentos y tengo distintas vías como investigador, pero diría que en los últimos cinco años he estado muy centrado en pensar la relación entre naturaleza y política. Esta pregunta ha ido llevándome fuertemente, en los últimos años, a la pregunta por los desastres naturales. Me interesa mucho pensar situaciones en las que la naturaleza es totalmente desbordante y que nos obligan a pensar más allá del construccionismo social, es decir, situaciones en que no estamos en condiciones de gobernar la naturaleza –ni siquiera de imaginarla–. No nos podemos ni imaginar, por ejemplo, qué puede pasar si se salen los mares o si cae un meteorito, algo por lo demás totalmente factible. Son situaciones que escapan a la posibilidad de hacer sentido. El cambio climático es otro ejemplo. O nuestra relación con los virus o las bacterias. ¿Hasta qué punto nuestra vida depende de las microontologías bacterianas, como dice Myra Hird, y qué pasaría si un día éstas mutan o desaparecen? En fin, en el último tiempo vengo pensando en esta relación entre naturaleza, desastre y política, es decir, en la inconmensurabilidad y el exceso químico, físico o biológico por un lado –las fuerzas de las capas tectónicas o de los tsunamis– y la política entendida como la participación ciudadana, la construcción de experticia o gestión –o más bien el intento de hacer gestión de cosas que no se pueden planificar ni prever.

RCSP: En ese sentido, ¿hay diferencias en los modos de enfrentar el desastre ya sea por cuestiones culturales o de acuerdo a los niveles de desarrollo de cada país o sociedad?

MT: Si bien yo he centrado mis estudios en Chile, hay una tensión general entre, por una parte, la necesidad de gestionar, categorizar y clasificar para de alguna manera “gobernar”, y por otra, el exceso del *bios*.

TUILLANG YUING
Instituto de Estudios
Avanzados,
Universidad de Santiago

JANA STOJANOVA
Escuela de Salud Pública
Facultad de Medicina
Universidad de Chile
jana.stojanova@gmail.com

Es decir, se tiene por una parte el “modelo” y el fenómeno incategorizable por otra. Esa tensión que se hace presente en los desastres ha llevado, más allá de las especificidades culturales, a que los propios expertos estén reconociendo el límite de la ciencia, incluso en Chile, donde tenemos una cultura muy tecnocrática. Son los propios científicos-expertos en desastres los que dicen: “Sabes, la verdad es que no tenemos ni idea, no sabemos bien del todo cómo funcionan las capas tectónicas”; y tienen por lo tanto que empezar a volcarse a otras formas de conocimiento, por ejemplo al conocimiento local. Se ve entonces cómo empiezan a volverse mucho más importantes factores no reconocidos en el canon científico tradicional, como por ejemplo la política o el involucramiento ciudadano. Además, en el último tiempo, dentro de este interés por los desastres y esta suerte de tensión entre política y evento excesivo, me está interesando muchísimo –y esto se conecta con la salud y la antropología médica– lo que se llaman “desastres lentos” o “crónicos”, específicamente la contaminación atmosférica.

RCSP: ¿De alguna manera esto del “desastre lento” o prolongado en el tiempo, se conecta con tus trabajos sobre los efectos de las modificaciones genéticas? ¿Puedes darnos algunos detalles?

MT: He estado estudiando la controversia, si es que se le puede llamar así, sobre los organismos genéticamente modificados (OGM) en Chile. Dicho sea de paso, Chile es un caso muy particular por razones técnicas y de mercado. Chile es verdaderamente un laboratorio: no se puede ni consumir OGM ni producir para el consumo, pero sí se pueden producir semillas de exportación y hacer testeos experimentales, lo que en Chile es ideal por la situación de contratemporada. Entonces Chile se ha convertido en un lugar privilegiado de experimentación para empresas semilleras multinacionales, porque la normativa es extremadamente laxa y se acepta la experimentación con todo tipo de eventos (semillas), incluso algunos prohi-

bidos en Europa. Bueno, es en ese contexto que hemos estado investigando dos temas en particular.

Primero, uno más convencional que trata sobre cuáles son los discursos y enmarcamientos sobre los transgénicos que movilizan distintos actores en juego. Eso lo hemos trabajado con Maite Salazar, con quien sacamos una publicación. En el fondo tratamos de entender cómo el tema transgénico es visto o hace sentido de distintas formas y por distintos actores. La otra investigación, que es más reciente y que pretendo publicar, trata sobre las abejas como un tipo de “ganado” y actor muy particular. El tema de los transgénicos en Chile explota cuando la regulación europea dicta que todo producto apícola que tuviese más de 0,9% de traza de polen transgénico tiene que ser etiquetado como tal. Chile exporta el 80% de su miel a Alemania, país abiertamente antitransgénico. Entonces la regulación europea liquidaba a la industria apícola chilena. A partir de ahí empezamos a investigar junto a Daniel Valenzuela el tema de las abejas. ¿Cómo se gestiona este ganado para que no recoja polen transgénico? El movimiento de la abeja, a diferencia de un caballo o una vaca, no se puede restringir con rejas; la abeja vuela libremente. Entonces nos empezamos a meter en la idea de *agencialidad* y, nuevamente, en el exceso, en la recalcitrancia de este tipo de no-humano particular que es la abeja. De modo más específico, nos interesó pensar cómo tiene lugar en la apicultura una relación que es, por un lado, de explotación pero que, por el otro, es también de cariño por la abeja: el apicultor explota a la abeja para que le dé miel, pero también debe cuidarla, debe quererla para que ella regrese: debe asegurarle una atmósfera para que se desarrolle y no se contamine. Se trata de un asunto de cariño, de cuidado, de afectividad, pero también de producción. Esto abre una relación muy especial con este insecto que tiene sus propias conductas, las que no conocemos muy bien.

RCSP: Hay toda una dimensión afectiva en tu descripción que tiene una tonalidad próxima a lo poético...

MT: Puede ser. [risas] Creo que esa cosa poética tiene que ver con dos cosas: primero con la aproximación etnográfica que hay en mi trabajo y segundo, porque he estado muy metido en temas de cuidado, que es un tema que me interesa mucho.

RCSP: Quisiéramos retomar entonces tu trabajo más actual en torno a los desastres. En especial el trabajo que has realizado acerca del desastre ambiental de la zona de Puchuncaví. Para eso, nos atrevemos con un comentario, para ver si te motiva. Tradicionalmente la política ha pretendido vestirse de científica: un asunto proyectivo, de cálculo, de planificación. Pero si esa planificación consiste nada más que en protegerse de los riesgos, se transforma en una política que en vez de proyectarse lo que hace es cobijarse en sí misma, estancarse, se vuelve una política timorata. Tu trabajo, nos parece, señala que el paradigma científico moderno de hacer política muestra signos de agotamiento. Esto, creemos, va de la mano con las experiencias del 2014 en la zona de Puchuncaví y Quintero, donde a propósito del último derrame de petróleo, la ciudadanía se organizó –y esta vez tomo la nomenclatura de la política convencional– y se atrevió a hablar de la legislación medioambiental y de los principios y dispositivos que estaban involucrados, inmiscuyéndose en el debate “experto”.

MT: Estoy de acuerdo, e incluso iría más allá, para ponerlo de una manera un poco más stengeriana. Yo diría que el problema no es si se ha agotado o no el modelo científicista, sino que no se ha hecho verdaderamente ciencia en el sentido más exploratorio e inventivo del concepto. Creo que sigue siendo necesario que se haga cálculo; para bien o para mal tiene que haber gente que calcule y que trate de gestionar los riesgos. El problema es qué entendemos por cálculo y cómo definimos riesgos. En ese sentido, tengo la sensación de que el modelo científico ha sido limitado y no ha sido de verdad radicalmente científico, insisto, en el sentido de Stengers o de William James, incluso de Whitehead. Una de las cosas que me llama la atención de esta zona de

sacrificio que incluye Concón, Quintero y Puchuncaví es que los vecinos tienen pruebas: hay materiales evidenciales y también una historia de registros, de cálculos y de modos de lidiar con el riesgo extremadamente rica en Puchuncaví. Esto es verdaderamente atroz, puesto que habla de una situación realmente insostenible, pero por otro lado nos habla de la capacidad de los afectados de producir argumentos, de consolidar evidencia y de hacerla manifiesta. Pero esas fórmulas no han sido acogidas por una lógica epidemiológica más formalista por parte de la política pública. ¿Qué sucede por ejemplo cuando la prueba evidencial está en somatizaciones corporales? ¿Qué sucede cuando la prueba no es un umbral de concentración de material particulado sino las ronchas que tienes en el cuerpo? ¿Qué sucede cuando la gente dice “mírame”, y no solamente a mí, mira a toda mi familia y mira el asma que tenemos hace tres generaciones? ¿Hay algo más empírico que eso? Tenemos ahí un empirismo radical. A lo mejor desde otras disciplinas, tal vez desde la ecología esa evidencia sería mucho más importante y significativa, pero desde la política pública que está enmarcada en una definición de ciencia mucho más positiva y estricta, mucho más centrada en una gubernamentalidad legalista, ese tipo de materiales no son incluidos en la gestión ni en la definición de políticas públicas. Es eso lo que genera descontento y preocupación. Lo terrible, a mi juicio, es que se hace caso omiso a lo que sucede en otro orden científico tan empírico como el oficial. Ese otro orden que son las historias de cáncer, las experiencias de muerte en plantas, humanos y otros seres no-humanos. Se hace caso omiso a la dilapidación de la biota terrestre y marina. Si exploras la bahía de Quintero, en términos de fauna, ya no hay nada. Salvo un tipo de alga no hay ningún otro tipo de vida animal ni floral. Lo terrible es el caso omiso que se hizo a ese tipo de evidencia, yo creo que también de un modo funcional...

RCSP: Inevitable entonces es preguntar por el alcance –o si se quiere– por el compromiso político que adviertes en tu trabajo. ¿Cómo te planteas frente a esa dimensión?

MT: Lo veo como algo cada vez más importante en mi trabajo. Por ahora tiene una figura bastante académica pero sobre todo en mi trabajo sobre Puchuncaví estoy muy decidido a alejarme de una gramática y una forma de hacer investigación que ve simetría en los actores y que no toma partido. Una forma muy latouriana de pensar y que ha sido muy criticada por los que se llaman los *feminist STS*, es decir, el mundo feminista de los estudios de ciencia y tecnología. Creo que no todos los actores son iguales. Y no solamente eso. Creo que una preocupación por el cuidado, noción que está en el centro de mi investigación, me obliga a tomar expresamente partido por aquellas posturas que han sido históricamente descuidadas, que han tenido poca voz, que no han tenido presencia en las discusiones o por sectores, personas y comunidades que han sido afectadas... Lo que me impresiona en Puchuncaví es que cuando se habla de afectación, ésta es radicalmente real: es somática, es biológica, es metabólica. Son personas con cáncer, con asma, personas a las que se les mueren sus animales queridos. Gente a quienes se les mueren sus matas de lechuga o a quienes se les muere su madre, su padre o su hermana. Entonces yo creo que mi responsabilidad ética –y por qué no, también académica– no es solamente hacer que ellos hablen, sino también, como diría Isabelle Stengers, ponerme en sus zapatos. No se trata solamente de que su voz aparezca y simetrizarla con otras voces, sino de tratar de revelar cómo aparece el mundo desde esa ecología práctica. Políticamente tal vez tiene poco impacto pero creo que es un gesto ético mínimo.

RCSP: Podríamos detenernos en algo que mencionaste rápidamente pero que sabemos que es importante en tu trabajo: el tema del cuidado. Se trata, por cierto, de un tema muy ligado a la salud, un tema también muy trabajado por la filosofía, que tiene que ver con la alteridad. Existe, en efecto, una concepción del cuidado como respuesta a un padecimiento que conecta con una dimensión política muy valiosa: el cuidado permite ir más allá del individuo, que es la célula sobre la que se articula el orden liberal. Resulta interesante

entonces ver cómo la noción de cuidado abre una escena colectiva que invita a otros análisis donde se involucra el afecto y donde incluso el cuerpo se pone en relación con otras cosas.

MT: Para mí eso es un gran tema y estoy súper interesado en indagar en ello. Yo lo he investigado más por la línea feminista de STS, Stengers por supuesto, pero también Donna Haraway y Maria Puig de la Bellacasa han aportado al respecto. Lo que encuentro muy interesante del cuidado, sobre todo como perspectiva para analizar casos como el de Puchuncaví, son al menos tres cosas: primero, que no supone control, o sea, cuidar tiene que ver con el querer, y querer es dejar ser. La figura de la amistad de Derrida, por ejemplo, tiene ese carácter: no tiene ningún sentido tener un amigo que es igual a ti. El desafío de la amistad no está en ser amigo de un alter-ego, de un otro yo. El desafío es cuando hay un otro que tú no controlas, que tú no gobiernas, que no sometes. Es también la figura del perro de Haraway: lo hermoso de la relación entre el humano y el perro es que tú lo quieres y lo cuidas, hay una dependencia mutua, pero el perro es el perro. Representa en este caso esa dimensión de alteridad profunda. Lo segundo que me parece fundamental de la noción de cuidado es que releva una dimensión que en los STS no se le ha tomado el suficiente peso: el tema de los afectos y del cuerpo. En general la teoría del actor-red ha sido muy higiénica en ese sentido; se habla de actores, de posiciones, de simetría pero no reconoce que a veces se tiene afecto con las cosas...

RCSP: Hay tal vez un poco de temor a la inmaterialidad...

MT: Es más bien un poco de temor al sudor... [risas] un tema súper importante cuando se trata de lo corporal, lo somático, lo afectivo. Finalmente, lo tercero que para mí es muy importante es algo que Maria Puig de la Bellacasa dice de una manera que a mí me encanta: poner atención en el cuidado –por ejemplo en STS– es también operar cuidadosamente. No se trata solamente de movilizarlo como un concepto analítico –ver dónde está el cui-

dado, cómo se ejecuta, cuáles son sus dispositivos o cuál es su lógica-, sino también ser capaz de relevar y acoger a aquellos que, por ejemplo, no han sido cuidados.

RCSP: Pero en una investigación, siendo un científico y ejerciendo ese rol...

MT: Exacto, volvemos al tema ético del que hablaba hace un rato. Se trata no solamente de mostrar lo que piensa, lo que siente y lo que hace la gente de Puchuncaví, sino de ponerse en su posición y de alguna manera alinearse con su sufrimiento. Entonces el problema consiste en tomar una decisión política a favor de ellos, porque una aproximación cuidadosa tendría que decir: “Bien, aquí hay una multiplicidad, una heterogeneidad, una red de actores. ¡Pero por Dios! aquí hay también un grupo de personas y de familias que han sufrido”. Una aproximación cuidadosa también me obligaría a ponerme éticamente del lado de ellos, lo que, por cierto, es una posición a la cual la ciencia sociológica siempre ha tenido un poco de resquemor. “No, no te involucres, puedes sesgar la investigación”. En fin, yo creo que tomarse en serio la idea del cuidado obliga también a esa idea stengeriana, que ya mencioné, de ponerse en los zapatos de, vale decir, de asumir un compromiso. Maria Puig de la Bellacasa lo dice acertadamente cuando señala la diferencia entre *matters of concern* y *matters of care*: los asuntos de preocupación no involucran un compromiso, en cambio los asuntos del cuidado involucran una responsabilidad mucho más vital.

LECTURAS SUGERIDAS

1. Haraway D. *When Species Meet*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2007.
2. Haraway D. *The Companion Species Manifesto: Dogs, People and Significant Otherness*. Chicago: University of Chicago Press, 2008.
3. Hird M. *The Origins of Sociable Life: Evolution After Science Studies*. London: Palgrave, 2009.
4. James W. *Essays in Radical Empiricism*. University of Nebraska Press, 1996 [1912].
5. Puig de la Bellacasa M. Matters of care in technoscience: Assembling neglected things. *Social Studies of Science*, 2010, 41(1): 85-106.
6. Stengers I. The cosmopolitical proposal. En *Making Things Public. Atmospheres of Democracy*, B. Latour, P. Weibel (eds.). Cambridge MA: MIT Press, 2005.
7. Stengers I. Including nonhumans in political theory: Opening Pandora’s Box? En *Political matter: Technoscience, democracy and public life*, B. Braun, S. Whatmore (eds.). Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010.
8. Whatmore S. Earthly Powers and Affective Environments: An Ontological Politics of Flood Risk. *Theory, Culture & Society*, 2013, 30(7/8): 33-50.
9. Whitehead AN. *Process and Reality: An Essay in Cosmology*. New York: Macmillan, 1929.